

**viernes**  
**POLITICO**

EN EXCLUSIVA PARA A B C

## ENTREVISTA CON EL GENERAL GONZALEZ DEL YERRO

(Jefe de la Escuela de Estado Mayor)

«El Ejército  
está unido»

«No estamos  
al margen  
de la  
dinámica  
social»

«El Ejército  
respaldará  
la sucesión,  
tal como  
las leyes  
fundamentales  
lo disponen»

«El Ejército  
español  
no tiene sus  
fusiles para  
adornarlos  
con claveles...»

Entrevistas  
políticas  
por  
**PILAR  
URBANO**



# "EL EJERCITO NO DEBE METERSE EN LA ARENA POLITICA"

viernes  
POLITICO



**H**ACE pocos días, y bajo la presidencia del Príncipe de España, estando presentes el presidente del Gobierno, varios ministros y un núcleo destacado de generales, jefes y oficiales, profesores y alumnos de la Escuela de Estado Mayor, se impusieron las fajas de diplomados a los cuarenta y un capitanes que habían finalizado sus cursos en dicho centro. A B C, en páginas de huecograbado, ofreció amplia y puntual información del acto, en que el general González del Yerro, jefe de la Escuela de Estado Mayor, pronunció la última lección magistral bajo el título «Ejército y Sociedad».

Precisamente para que nos hable de la misión del Estado Mayor en el Ejército y de éste en la dinámica social, con un prisma de actualidad, entrevistado hoy al general González del Yerro.

—Se habla ahora insistentemente, y en ello parecen afanarse las energías del presente, de una «política para el futuro». ¿Qué función ha de desempeñar el estamento Ejército en ese futuro de transición?

—La misión del Ejército viene definida por las Leyes Fundamentales: defensa del país ante posibles conflictos con el exterior y defensa interior del orden institucional.

—En un momento en que la sociedad española se politiza con la virulencia asociacionista, los máximos representantes de la milicia proclaman la despolitización del Ejército. Este hecho contrasta quizá con la «política de militares» que hemos venido contemplando desde mil novecientos treinta y nueve en España...

—Perdone que la interrumpa, señorita, pero no creo que en España haya habido esa «política de militares». No vamos a negar que un buen número de los ministros de Franco, a lo largo de los diferentes Gobiernos, han pertenecido al Ejército; sin embargo, estoy seguro, su convocatoria para esos puestos de Gobierno

se hizo por su valía personal. Además, en el momento que desempeñaron esos puestos dejaron de pertenecer temporalmente al Ejército.

Bien, esa despolitización presente a que me he referido, ¿supondrá una ausencia de elementos militares en los cuadros gubernamentales? ¿No parece que se apunta con ella hacia la tendencia de circunscribir el Ejército en los cargos, responsabilidades y servicios... de su propio estamento?

—El Ejército es una institución salvaguardadora de lo permanente: es y ha de ser estable, inalterado por las mareas políticas. Se trata de que el Ejército no se enzarce, a niveles individuales ni de cuerpo, en la peripecia pasajera y caduca de lo político. El militar, si quiere seguir en las filas de la milicia, no debe meterse en la arena de la política. Perdería el Ejército su misión, y quizá su esencia, si se entretuviese y apasionase con la acción de tal individuo o tal grupo o con programas y tendencias políticas.

El Ejército es uno, con una sola voz y una perfecta cohesión entre sus mandos y entre éstos y los subalternos. La valía incuestionable de este instrumento de paz y orden no le permite presionar sobre ninguna de las opciones, vamos a llamarlas «civiles», que se presentan al ciudadano medio español.

—¿No caben «líderes» en el Ejército? —No. Quien tiene el mando legítimamente, habla. Los demás, identificados, hacemos nuestra esa voz. El militar que sintiese el deseo vocacional, por otra parte lógico, respetable, comprensible, de participar o protagonizar la política, habría de abandonar la milicia. Y entonces se volcaría para servir a la patria en otras áreas, civiles.

—Ha dicho usted, general, que el Ejército tiene una sola voz, de la que se hacen eco todos sus miembros...

—Así es; esa voz la emite quien enca-

beza el Ejército: los ministros militares. Por ejemplo, en esta entrevista que estamos manteniendo yo no voy a decir nada distinto o contrario a lo que haya expresado el ministro del Ejército. Sólo que al hacer mías sus palabras o sus órdenes, yo asumo mis responsabilidades y obedezco con plena identificación.

—¿No hay síntomas de erosión de la unidad? ¿No hay en el Ejército, como en tantas parcelas de la actividad social, «crisis de autoridad»?

—No. No los hay. El Ejército está unido. La obediencia es inherente al espíritu de servicio que, hoy como ayer, anima a todo militar.

—Se habla del proyecto de unificación de los tres Ministerios en uno solo de Defensa Nacional. Incluso, si no estoy mal informada, creo que sólo España y Brasil mantienen los tres Ministerios independientes. Por otra parte, y siempre «voz popular», se apunta la posibilidad de fusión de los tres Ejércitos. ¿Qué puede decirnos a este respecto, general González del Yerro?

—Usted ha aludido a dos conceptos distintos: el de un Ejército unido y el de un único Ministerio de Defensa. Le contestaré por partes.

Para hacer frente a los conflictos modernos no se pueden concebir hoy, aisladamente, las fuerzas armadas de Tierra, Mar y Aire. Se precisa establecer una coordinación cada vez mayor entre las tres. Toda orgánica que favoreciese dicha coordinación sería una solución buena.

En cuanto al Ejército unido, los oficiales de Tierra, Mar y Aire, aun vistiendo sus uniformes y teniendo especificaciones diferentes, son esencialmente lo mismo: profesionales del Ejército. Responden a una idéntica caracterización y misión militar. Tienen una común formación en el servicio al país, estima y guarda de los valores morales, conducta adecuada al honor de lo que representan. Les impulsa la vivencia de unas mismas virtudes humanas y castrenses. Todo eso no es accidental. Todo

esto constituye el entramado de la unión.

—Yo creo, general, que el Ejército español tiene planteado un desafío, como cualquier otro cuerpo vivo de la sociedad. Me parece sugestivo tratarlo con usted.

El Ejército, y no sólo me refiero a los altos mandos, sino también a las jóvenes promociones de oficiales, parece llamado a ser una inmovible reserva de los valores del espíritu, una especie de escuela de criterios y dispensa de actitudes morales de «hombria de bien». ¿Cómo se concilia la salvaguardia de todos esos elementos con el reto de puesta al día que la propia sociedad plantea?

—Sí, en efecto, el desafío está planteado y es enormemente sugestivo. El desarrollo material conlleva un hedonismo y una quiebra de los valores morales. El hombre de la sociedad de masas, el hombre-masa, va perdiendo raíces, arraigos y sentido de la responsabilidad. Este es un hecho de la sociedad occidental, incuestionable, pero no irremisible. Hay que afrontarlo y combatirlo. ¿Por qué el desarrollo material ha de ir emparejado a un empobrecimiento espiritual? El problema de los valores, en cualquier tiempo, lleva a preguntarnos por el hombre mismo. El hombre y su sentido existencial. ¿De dónde viene y adónde va? Con una concepción religiosa, creyente, ese origen y fin del hombre se sitúa en Dios. Pero ahora asistimos a un proceso de racionalización, a una pérdida paulatina del sentido trascendente de la vida y de la religión por el paso del teocentrismo al antropocentrismo; como si el hombre fuera el eje pero sin trascendencia, sin enclave en Dios. Y usted me preguntará: ¿por qué interesa al Ejército este tema de la concepción del hombre y de los esquemas de valores? ¿Por qué interesa que lleguen al Ejército contingentes más preparados física e intelectualmente, en un época de tecnología creciente y, por tanto, de instrucción y adiestramiento más complejos?

No estamos al margen de la dinámica social. Somos una parte de la sociedad. Las características de los modernos conflictos, su limitación en tiempo, el poder desencadenarse en cualquier momento y extenderse a la totalidad del territorio nacional y de sus habitantes, hace que todo nos afecte a todos. Es imprescindible estar preparados permanentemente.

—El clásico adagio «si vis pacem, para bellum», si quieres la paz, prepárate para la guerra...

—Sí, ahora la guerra no afectaría sólo a los combatientes: la Defensa nacional, en la actualidad, no es sólo competencia de los Ejércitos, sino que afecta a la totalidad de las energías humanas, espirituales y materiales del país. Todas estas energías deben ponerse en tensión, deben ser capaces del máximo esfuerzo.

Es preciso, pues, que el ciudadano, el hombre de la calle, no sólo sea capaz de arrostrar sacrificios, de exponer su vida, sino que, para no servir de caldo de cul-



viernes  
POLITICO

Recientemente, S. A. R. el Príncipe Don Juan Carlos presidió la imposición de fajines a los nuevos diplomados de la Escuela de Estado Mayor.

## “EL PRINCIPE SE IDENTIFICA ROTUNDAMENTE CON LAS ESENCIAS DEL MILITAR”

tivo a la subversión, se compenetre con los anhelos esenciales y sienta la integridad de los valores en que el espíritu de la comunidad se sustenta. Y no se pueden arrostrar esos sacrificios, no se puede estar dispuesto a dar un bien como es la vida, si no es por otros bienes, superiores a esa propia vida.

—Ha mencionado usted, general, el tema de la subversión...

—Es un aspecto que conviene destacar, en los modernos conflictos. La finalidad mediata de la subversión es la conquista del poder; pero su objetivo inmediato es el hombre, la masa, ya que sin el apoyo de esta masa no hay subversión posible. Claro, más que neutralizar la subversión, habría que plantearse el problema en sus raíces: a la sociedad de masas se llega por una serie encadenada de «liberaciones». Hacerles frente supone la puesta en acción de todo un sistema filosófico.

Todas esas «liberaciones» pretenden separar al hombre de sus raíces nutricias; constituye este desarraigo el mejor ambiente para la subversión. Para realizar el ideal subversivo de la revolución permanente, «conviene» un estado de «pura disponibilidad», un estado total de desarraigo. Es aquí que las costumbres, las tradiciones esenciales, las herencias familiares, las leyes patrióticas o nacionales, las estructuras sociales en las que el hombre se apoya, sean consideradas y presentadas como atentados a la libertad, como «alienaciones».





# "NO SE TRATA AHORA DE ABRIR TRINCHERAS EN NUESTRO SUELO, SINO DE ILUSIONAR A LAS GENERACIONES NUEVAS"

—No desvelo ningún secreto si digo que en áreas educativas, escolares y universitarias y también en instituciones docentes de la propia Iglesia, en los Seminarios, se han registrado infiltraciones de activismo comunista y de ideologías marxistas. ¿Se ha detectado también esta infiltración en las Academias Militares?

—Intentos de infiltración, sí; infiltración, no. El Ejército se sabe objeto codiciable de la subversión.

—¿Y qué defensas, qué anticuerpos se generan en el propio seno del Ejército?

—En primer lugar, mediante la importancia que se da a la formación moral de sus componentes. Tenga usted en cuenta, además, que la práctica diaria de las virtudes militares constituye el mejor antidoto contra la subversión.

—Ustedes se han jugado la vida en varias campañas de guerra. ¿Se alinea con los mismos ideales la joven oficialidad presente? La convocatoria profesional de militares ¿sigue siendo una llamada vocacional y de servicio al país, o el cauce para un rápido logro de un «status» socioeconómico homologado con el de otras profesiones civiles?

—Indudablemente, el ejercicio de la profesión militar reclama vocación, abnegación, aguanate callado del sufrimiento y heroísmo, si llega el caso; subordinación y obediencia..., estar dispuesto a dar la vida, si hace falta y... con toda naturalidad. Para eso hace falta moverse por ideales. Si todo el mundo lo necesita, la juventud mucho más. No se trata ahora de abrir trincheras en nuestro suelo; sino de que las generaciones nuevas sigan ilusionadas la tarea inacabada de conseguir una España mejor.

Tenemos que ilusionar a la juventud con ideales trascendentes. Yo creo que los ideales que mueven hoy a un joven teniente son, más o menos, los mismos que me animaron a mí, su viejo general; pero hay que saber proponérselos con otra terminología, contarlos con verso nuevo, con otro ritmo. Y a todas luces es necesario, no sólo en el área docente militar, sino también en las demás estructuras educativas, impulsar una profunda promoción espiritual.

—Hoy, en España, ¿está en alza la concurrencia de aspirantes a las Academias Militares? ¿No se ha observado un cierto grado de erosión del prestigio del Ejército?

—Me parece que ni hay razones para ese desprestigio, ni de hecho nuestro Ejército tiene desprestigiada su imagen. En cuanto a su atractivo, puedo decirle, por las cifras más recientes, que la solicitud de ingreso crece cada año.

—Desde un primer momento yo quería preguntarle por la significación del Estado Mayor, el «staff», por así decir, en el Ejército.

—La complejidad en la organización de una empresa o de una Institución requiere un equipo especial que auxilie y asesore. El Estado Mayor es el órgano auxiliar del Mando, al que ayuda en la preparación de sus decisiones, traduce esas mismas decisiones en órdenes ejecutables y vigila su adecuado cumplimiento. Pero la facultad decisoria no es del Estado Mayor, sino del Mando.

—¿Es, dentro del Ejército, el Estado Mayor un «estado» de privilegio? Para el hombre de la calle, los militares con fajín azul son los «cerebros» de la milicia.

—No. En el Ejército no existe el privilegio, sino el servicio. El Estado Mayor comporta, en cada uno de sus diplomados, una responsabilidad aún mayor de servicio, pero no de privilegio. Yo, el otro día, a los



El general González del Yerro responde a las preguntas de Pilar Urbano



oficiales recién salidos de esta Escuela les recordaba la necesidad de continuar estudiando, de complementar su formación para que su servicio sea más eficaz y su entrega más completa: «comprendéis y aceptáis que esta faja azul que recibís significa un compromiso de honor, a lo largo de toda vuestra vida».

—¿Cuánto tiempo dura la formación de un diplomado de Estado Mayor?

—Prevía la fuerte selección, que supone admitir aproximadamente un 25 por 100 de los aspirantes, éste prácticamente «doctorado» de la carrera militar, consta de un curso selectivo, dos de estudios teóricos y un cuarto año eminentemente práctico que se desarrolla en Unidades, Organismos y Estados Mayores de Tierra, Mar y Aire.

Las áreas de conocimiento de los estudios teóricos se distribuyen entre las disciplinas que el oficial de Estado Mayor moderno debe poseer: táctica, organización, arte militar, topografía, idiomas, economía, Derecho internacional, sociología, etcétera.

—¿Qué nexos cabe establecer entre el titulado en la Escuela Diplomática y el diplomado en Estado Mayor?

—Bueno, evidentemente son dos profesionales de diferentes ámbitos, pero ambos defienden el país con la estrategia de la paz. A ambos les anima una escala de valores y una formación, digamos, caballerisca.

—Anualmente el Príncipe de España preside la entrega de fajitas azules, en esta

viernes  
POLITICO

Escuela. ¿Se identifica, humanamente, el Príncipe con esas esencias medulares del militar a que usted antes aludía?

—Rotundamente, sí. No olvide que el Príncipe de España recibió una formación militar en las Academias de los tres Ejércitos y es evidente que la conserva.

—¿Cuenta, para la continuidad, el Príncipe con el Ejército? ¿Se sabe apoyado por él?

—Sí. Sin duda alguna.

—¿Lo respaldará?

—El Ejército respaldará la sucesión tal como las Leyes Fundamentales lo disponen. Estoy convencido que este respaldo es el mejor servicio que podemos prestar a España.

—Tienen a nivel planetario «mala Prensa» los colonialismos y las guerras imperialistas. ¿Qué opina el Ejército de la autodeterminación del Sahara? ¿Se da entre la oficialidad destacada en Sahara ese mismo rechazo hacia la acción armada en estas colonias?

—El Ejército español, que no ha practicado lo que ahora se entiende por colonialismo, comprende perfectamente el rechazo que suscita.

En cuanto a la autodeterminación del Sahara, se trata de una decisión política que habrá contado con la opinión de las Fuerzas Armadas en los niveles que corresponden.

Acerca de la oficialidad puedo decirle que cumplirá, sin duda alguna, con su deber. Deber que comprende, naturalmente, la posibilidad de combatir en defensa de política de España en aquel territorio.

—Sobrepasando la literatura periodística, la imagen de los «claveles rojos» asomando por la embocadura de los fusiles portugueses, indica una forma de presencia armada en la calle, una represión del desorden posible, cercenándolo «antes de». Si se viesen (y que Dios no lo quiera) en nuestro país unas circunstancias difíciles que aconsejasen la presencia del Ejército en la calle...

—El mantenimiento del Orden Público, en nuestro país, está perfectamente reglamentado. Se precisaría un grave deterioro o imposibilidad de las fuerzas a quienes específicamente compete esta tarea, para que el Ejército interviniese. En tal caso, y hablamos en la hipótesis que usted me propone, se trataría de completar la acción de las fuerzas de Orden Público.

Ahora bien, el Ejército español no tiene sus fusiles para adornarlos con claveles, ni los claveles florecen en la embocadura de un fusil.

Pilar URBANO

Fotos: T. NARANJO.